

ojos, iba á decir: que como esta peregrina imagen fué colocada en aquel sitio para ser la Conquistadora y la cabeza de aquel Pueblo, lloró repetidas veces, para que á su ejemplo se moviesen los ojos de los moradones del Pueblito á compunciones tiernas de sus torpes idolatrías, y al debido llanto de sus ciegas supersticiones; y si no diré, que como los favores de la Santísima Virgen, son compañeros inseparables del amor con que la miran los fieles, y las lágrimas son tan poderosas para cautivar los cariños, lloró esta divina Señora para conquistar los corazones, y llenarlos de beneficios y gracias, en recompensa y premio de su reverente amor: pero añadiéndose á las lágrimas el sudor en tan repetidas ocasiones, y acordándome de aquellos cristianos raudales, que allá en el desierto de Sin despidió para beneficio del Pueblo, aquella piedra de Moisés tan celebrada, símbolo de esta divina Madre; me ocurrió que el liquidarse tantas veces esta Soberana Imagen en tantas cristianas perlas, era la demostración más segura de los innumerables continuos bienes, que por ella le había de venir al Pueblito, y á toda esta famosa comarca: mas sea de esto lo que se fuere, aunque todo ello pudo ser, y mucho más que yo no digo, ni lo alcanzo: fuera de que me ejecuta ya la sencillez de la narración á que hagan punto las conjeturas para referir otros sucesos.

## CAPITULO V

*Aparécese varias veces una estrella sobre la frente de esta sagrada Imagen del Pueblito.*

No es nuevo que en algunas ocasiones luzcan ó resplandezcan las estrellas á vista del mismo sol: sin duda, porque no es tanta la ambición de este astro con ser de superior magnitud, que no permita alguna vez sus lucimientos á los que son de inferior esfera. Sobre aquel pesebre que sirvió de pobre y humilde cuna al Sol de Justicia Cristo, asentó su trono una estrella, que con sus admirables brillos dió á muchos á conocer las felicidades que venían al mundo, por medio del Salvador. Y sobre este prodigioso simulacro del Sol de gracia María, se ha visto también varias veces una estrella, sin duda, como índice de las dichas que le han venido por ella á esta comarca, ó como anuncio de otras mayores suertes, que puede prometerse por la intercesión de esta su Patrona y Medianera.

Si ya no es que diga, que así como una estrella alumbró al mundo para que acudiesen las gentes y recibir gracias de la Majestad de Cristo, así quiso también el cielo alumbrar á los de Querétaro con repetidas apariciones de una estrella, para que acudan á recibir muchos favores y dádivas de María. Todo el caso estaba dicho en dos palabras; pero como ha sido prodigio varias veces multiplicado, y aún

viven muchos de los que lo vieron alguna vez por sus ojos, tengo por conveniente el referirlo con alguna prolidad. No sea que de mi silencio se tome alguno licencia para decir, que al paso que hay cometas con mucha dicha, hay estrellas con poca estrella.

Acompañado del maestro platero Antonio Martín de Zamorano, pasó al Pueblito el día 15 de Junio del año de 1734, el R. P. Fr. José Núñez de Ulloa, último de los curas regulares que ha tenido esta Parroquial de Querétaro, y promovedor diligentísimo de los cultos de esta milagrosa Imagen, á llevar unos relicarios y ornamentos que había enviado un devoto de la Soberana Reina, para adorno de la sacristía y templo de aquel admirable Santuario. Con este motivo, se cantó una Misa en honra de la Señora en su propio altar, y concluído que fué el santo Sacrificio, entonó las Letanías el mismo Reverendísimo Cura, después de haber cantado también la Salve, concurriendo á estas devotas demostraciones lo más de aquel corto Pueblo.

A este tiempo advirtió el dicho Parroco, que sobre la frente de la Santísima Imagen había asentado su dosel una bellísima estrella, cuyos resplandores y brillos le despertaron en tanto que la devoción lo sujetaba á no moverse del sitio, para hacer el debido examen; la novedad lo tenia como impaciente, esperando que se acabasen los cánticos para averiguar el origen de tan impensado resplandor: au-

mentábase su curiosidad por instantes, y por momentos su admiración; pues observando reflexivo si pudiera ser reverberación de las luces, ú otra no imaginada casualidad, que pudiera causar alguna ilusión en la vista, por más que procuraba cerciorarse, mediante el examen de una puntual observancia, siempre se afianzaba más en la creencia, que lo que miraba y admiraba sobre la frente de la Sacratísima Efigie, era una refulgente estrella.

Concluyóse la Letanía, y aunque ya no dudaba el entendimiento de lo que tocaban los ojos, le preguntó con disimulo al mencionado Antonio Martín, platero, si la Santísima Señora tenía algo sobre la frente: y respondiendo el dicho Antonio, que lo que él divisaba sobre la frente del simulacro era una hermosísima estrella, desde luego comenzaron ambos á practicar cuantas diligencias pudieron, para examinar con espacio y reconocer con la madurez más posible, la verdad de lo que les representaba el sentido. Con esto quitaron del altar todas las velas, y proporcionando en diferentes distancias los pasos, para precaver cualquiera falencia ó engaño que pudiera haber en su espaciosa inspección, siempre veían de un mismo modo la estrella. A estas cuidadosas observancias, despertó la atención de cuantos se hallaban en la iglesia, y alborotado todo el concurso con una conmoción devota, subieron todos presurosos al presbiterio, para registrar más de cerca

la maravilla, que ya desde más lejos les había robado el cuidado: corrió al punto la voz de este prodigio por el Pueblo, y deseosos generalmente los vecinos de la oculta evidencia de tan gran portentoso, acudieron á verlo hasta los enfermos que se hallaban postrados en sus lechos, quedando todos igualmente tiernos y alborozados. Extendióse la fama de tanta maravilla por esta ciudad y sus contornos, y fué muchísima la gente, que instada de la devota curiosidad, acudió al santuario á ver por sí propios el prodigio. En efecto, fueron muchos los que lo vieron, en diez días que este visible astro estuvo fijo sobre la frente de la milagrosísima Imagen de aquella admirable y divina Reina, que siendo servida y adorada á todas horas de los ángeles, ó estrellas de la mañana, siempre está hecha un perfectísimo cielo poblado de luminares, vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas.

No siendo pues, necesario, que para que las estrellas acompañen á la divina devota María, haya ejércitos de Sisara que vencer, se repitió este portentoso maravilloso el año de 1736, el día 9 del mes de Agosto, para que de la luz de tan prodigiosa estrella participasen otros astros, que por hijos y bien ordenados en el firmamento de su claustro, sólo en su propio hemisferio podían lograr la felicidad de ver tan prodigiosos resplandores. Hallábase en el referido día esta soberana Imagen en el coro bajo del religiosísimo y real Convento de nuestra Madre Santa

Clara de esta ciudad, en ocasión que esterilizados los campos por falta de la necesaria lluvia, recurrió la piedad de los fieles al patrocinio de la que manda al mar y á las nubes, obligándola con públicas rogativas, para conseguir el beneficio del agua. Con este motivo, se quedó en el coro por la noche la M. R. M. Vicaria Sor Mariana del Padre Eterno, acompañada de otras devotas religiosas, ocupadas todas en rezar reverentemente sus devociones á la Madre de la misericordia, con algunas preces, dictadas de su religioso espíritu, en presencia de este su celestial simulacro.

A este tiempo, vieron de improviso que la Sacratísima Imagen tenía sobre su frente una lucidísima estrella: admirólas esta novedad en gran manera, y más cuando este astro se representaba á su vista con tan segura y tan constante evidencia, que desde luego quedaron bien cercioradas de no ser engaño del sentido, sino resplandor verdadero, y con esta seguridad dieron pronto aviso á la Prelada. Era ésta la M. R. M. Sor Rosa María de Jesús, que por su ejemplar observancia, prudentísima conducta y especial dón de gobierno, fué tres veces meritísima Abadesa de este celebradísimo claustro: y por su acreditada virtud, eficaces ejemplos y religiosos procedimientos, aumentó el ameno jardín de tantas sabias y prudentes Vírgenes, como han florecido en este famoso convento, con sobrados méritos, para que sus ecos permanezcan

mucho más allá de su muerte, que con dolor general de la plebe y de sus amadas hermanas, sucedió el día 3 de Enero del pasado año de 60, teniendo cerca de noventa años de edad.

Acudió al coro esta modestísima prelada, así que le dieron tan rara y tan no esperada noticia. Poco fué menester para que se alborotase lo más del convento, con el rumor de novedad tan prodigiosa, y luego quedó lleno el coro de religiosas, de niñas y de criadas. Ninguna pudo dudar ser cierta la maravilla, desde el mismo punto en que llegaron á divisar la sagrada Efigie, siendo así que era tal la evidencia, que no les dejó el menor lugar á la duda: mas con todo, determinó la Reverenda Abadesa, que se apagasen todas las velas, para que con la obscuridad pudiesen hacer más severo examen del caso; pero la diligencia sólo pudo servir para que la averiguación se convirtiese en mayores admiraciones, porque por más que retiraron del coro todas las luces, quedó bastante resplandor con la estrella, para que pudieran ver el rostro, el pecho y el marco que tenía la Imagen; quedándoles bastante luz para asegurarse en su experiencia de ser verdadero el prodigio que perseveró muy largo rato.

El día 5 de Diciembre del año de 1734, vieron otras muchas personas la misma maravilla y prodigio, como también el día 25, 26 y 27 del mismo mes, con la diferencia, que el día 26 todo el día estuvo la estrella sobre la frente de la Santísima

Imagen, y los otros dos días expresados, sólo fué vista desde las cuatro de la tarde, hasta que se hizo de noche. El gozo y ternura que la publicidad de estos sucesos causó en algunos ánimos de los que tuvieron evidente certeza de tan maravillosos casos, dieron piadoso impulso á algunos de los devotos de esta milagrosísima Señora, para mandar pintarla en un espacioso lienzo con una estrella en la frente, con el fin de colocarlo en su Santuario para perpetua memoria; como también para que no se entorpezcan aquellas devociones de relámpago, que si fácilmente se encienden, con la misma facilidad se enfrían. Pero no tuvo efecto su deseo, á ocasión de no haberse hecho sobre estos casos aquella información jurídica y rigurosa que justísimamente pide el Santo Concilio de Trento, para que se puedan admitir en alguna iglesia milagrosos nuevos, sin que por esto se haga reparable la omisión en asunto de tanta importancia, que pudiera aumentar la devoción y fe de los fieles á esta Santísima Señora, pues ya dejó en lo de antes insinuado, que la veneración de los queretanos á este Soberano Simulacro, y la confianza que tienen en la piadosísima Virgen María, por medio de esta su Imagen, es tanta, que no necesita de estos incentivos y recuerdos para obligar á la Reina de los cielos con fervorosas súplicas, á que abra los tesoros de su misericordia y los llene de bendiciones.

Omito otras apariciones de esta estre-

lla, no porque dude, ni aún levemente de su verdad, bien que no fueron tan públicas, sino porque bastan las que dejo referidas para que los devotos de la Santísima Virgen del Pueblito, se acuerden que en esta su Medianera, Abogada y Patrona, no sólo tienen luz que destierra las sombras de la ignorancia é incendios que deshacen los velos de la tibieza, sino también estrella que les anuncia continuas dichas, ó astros que les prometen venturas perpetuas. Creo que también hallarán aquí hasta luz los ingenios, para formar no pocos misteriosos conceptos, y para acreditar su discreción con varios bien fundados discursos; mas yo, temeroso de que la majestad de la gloria oprima mis reflexiones, quiero cerrar á estos prodigios los ojos de mi corto entendimiento, mirándolos solamente con rendimientos humildes; pero como quiera que por más que haga, no puedo olvidarme de estrella tan peregrina, de ella habré de tomar la luz para la prosecución de mi asunto.

## CAPITULO VI

*Varios prodigios que ha obrado el Señor por medio de la Sagrada Imagen del Pueblito, en algunas personas próximas á morir, y en otras tenidas por muertas.*

De la piadosa Reina Esther, retrato anticipado de la divina Reina María, socorro tan eficaz como oportuno, del afligido Pueblo de Asuero, por cuya mediación poderosa no perecieron sus atribulados vasallos, aun cuando se vieron con los cuchillos muy cerca de sus gargantas; se dice en la Sagrada Escritura, que se le representó en sueños á Mardoqueo, convertida en un manantial de resplandores, ó transformada en una fuente de luces, ó como anuncio de que haría fugitivos los males que los molestaban, ó como vaticinio que los libraría de la muerte que temían; y de la Sagrada Imagen de María Santísima del Pueblito, que se ha manifestado tantas veces con las luces y resplandores que vimos en el antecedente capítulo, es justo que veamos ahora, que no sólo destierra las penas que afligen á sus devotos, y las convierten en alivios; sino que también divierte los eclipses de su muerte, constituyéndose dispensera de sus vidas.

De aquella epidemia general que llamaron comunmente Matlazahuatl, y comenzó en esta ciudad el día 24. de Abril

del año de 1737, enfermó el R. P. Fr. José Núñez de Ulloa, cura que era de esta Parroquial de Querétaro, y llegó á términos tan deplorables, que al séptimo día de la enfermedad se llegó á ver á los últimos de su vida, sin que los médicos prometiesen las menores esperanzas de remedio. Era común el sentimiento de la plebe, por el cariño que con su dulce y amable trato tenía bien adquirido en los corazones de todos los feligreses: y en esta mira, fueron muchas las personas que con porfía piadosa pedían al Señor con instancia la salud para su párroco, á tiempo, pues, que junta va toda la Comunidad del Observantísimo Convento de N. S. P. S. Francisco, para ayudarle á bien morir, esperaban por instantes su muerte todos los religiosos, como consecuencia segura del fatal peligro en que se hallaba: acordaron las Reverendas Religiosas de Santa Clara, enviarle una camisita de las que sirven para vestir á esta milagrosa Imagen, librando en este devoto medio las esperanzas de su alivio: y para que sirviese de despertador al moribundo, para renovar las confianzas que tuvo siempre en su poderoso amparo: recibíola con fe el enfermo, y aplicándola con devoción y reverencia á sus ojos, cabeza y boca, invocó fervoroso á la Santísima Virgen, suplicándole su intercesión y patrocinio en tan desesperado aprieto. Aun bien no había concluído su súplica, cuando con admiración de toda aquella Comunidad venerable, comenzó á tener

mejoría en el mismo tiempo en que esperaban todos su muerte: de modo, que en breves días quedó con salud perfecta, y tan recobrado de su pasada tormenta, que prosiguió en la administración de su curato con el celo que acostumbraba. Y aunque para este efecto se expuso varias veces á las inclemencias del agua, lodos, sol, aires y pervigilios, no le sobrevino en adelante atraso alguno perjudicioso, sin duda por el amparo que halló en la sombra de la Soberana Reina, cuyo desvelo en promover la veneración á esta su Imagen del Pueblito, fué tan notorio, que está por demás el escribirlo: quedando desde entonces su devoción más estampada en su memoria, y más grabada en su corazón su gratitud por tan singular beneficio.

De camino para la ciudad de México, enfermó en el pueblo de San Juan del Río, de una terrible calentura un hombre, que habiendo salido ya algo indispuerto de esta ciudad de Querétaro, en breve rato comenzó á sentir mortales ansias, se cubrió de horrosas angustias, y por fin quedó privado del juicio. En este estado pasó lo más de la noche delirando; pero tuvo luz en medio de su delirio, para invocar á la Santísima Virgen María en su milagrosa Imagen del Pueblito, bajo de cuya invocación había encomendado antes de su salida el buen éxito de su viaje y negocios. En este intervalo le ofreció mandar celebrar en su altar tres misas si le favorecía y amparaba en tan apretado

conflicto. Admitió la clementísima Reina la oferta, y el enfermo casi al instante en que hizo su promesa, se quedó dormido: recordó por la mañana, como quien vuelve en sí de un pesadísimo letargo, y entrando en cuentas consigo, sin acabar de entender lo que le había sucedido, se reconoció no solamente mejorado, sino tan bueno, ágil y vigoroso, que entonces mismo pudo continuar su derrota. Llegó con felicidad á México, consiguió brevemente su pretensión, siendo dificultosa: cumplió en la tornavuelta su voto, y quedó tan agradecido á su Bienhechora, por cuya mano le vinieron tantas felicidades, que ocurrió ante un Notario Apostólico, para que autorizase el caso según le había pasado, para memoria de lo que la Soberana Señora se esmera en favorecer á los que ponen su confianza en su poderoso amparo y socorro.

Entre los confusos letargos de la muerte, se llegó á ver el P. Predicador Fr. Miguel Estrella, convelido en una fiebre ardientísima. Viéndole los religiosos en este funestísimo estado, acordaron subirle á la celda á la milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Pueblito, no hallando ya más apelación, que á la protección de la Santísima Virgen, según el estado en que se hallaba el enfermo. Oyó la divina Reina sus peticiones, y á la presencia de la Sagrada Imagen, el paciente volvió en sí, clamó á la Soberana Señora, adoró su simulacro, mitigóse la calentura, y en pocos días quedó restablecido del todo.

Próxima á la muerte se vió Francisca de Luna, á impulso de una maligna fiebre; y habiendo logrado el tener consigo una camisita de esta milagrosa Señora, invocó la intercesión de la Santísima Virgen con fervor, clamó á su patrocinio con fe y en breve se reconoció sin peligro y con perfecta salud.

A los catorce días que padecía semejante enfermedad Doña María Magdalena Sánchez Colindres, quedó desahuciada de los médicos: clamó con instancia á la Santísima Imagen, y logrando que le trajesen al Soberano Niño, que ordinariamente le acompaña, en breve se le bajó una grande elevación que tenía en el vientre, declinó la calentura, sintióse con notable mejoría, y por consiguiente, perfectamente recobrada.

En cuatro gravísimas enfermedades, que sucesivamente y sin tregua, le sobrevinieron á D. Tomás Peralta, Clérigo nuevamente ordenado "in Sacris," que terminaron con copiosos vómitos de sangre, estuvo desahuciado de los médicos, y sin esperanzas de vida. En esta congoja invocó fervoroso á la Santísima Virgen del Pueblito, haciéndole algunas promesas si conseguía la salud que deseaba. Oyó la celestial Reina los clamores, y aceptó los votos del paciente, y brevemente quedó sano y con no esperada robustez.

Desahuciado totalmente de los médicos Don Pedro del Aguila, corregidor que fué de esta ciudad, de una mortal supresión de orina, suplicó á la Comunidad del

Convento de N. P. San Francisco, que le llevasen á su casa á la Santísima Virgen del Pueblito, en cuya visita y protección tenía puestas las únicas esperanzas de su alivio. Condescendieron los Religiosos con caridad á su devoto pedimento, llevándole la Santísima Imagen con reverente decencia y majestad religiosa; y fué tan feliz el efecto, que al entrar por las puertas de su casa, comenzó á evacuar el enfermo en tanta copia, que luego pudo por sí solo, y con valor, hincarse sobre la cama, adoró á la prodigiosa Señora, se reconoció con especiales bríos, quedando tan recobrado, que al otro día fué por su pie á la Parroquia á darle á la Santísima Virgen las gracias, va libre de toda fatiga.

Sentenciada á muerte por catorce médicos y cirujanos, Doña Gertrudis Micaela Picazo, vecina de San Juan del Río, por un corrompido tumor que padeció ocho meses, y le cogía desde cerca del oído hasta el pecho, se valió del poderoso patrocinio del cielo, viendo que no lo hallaba en lo humano. A este fin, mandó que la llevasen al Santuario del Pueblito, y así que entró en él é hizo oración á la Soberana Reina, comenzó á experimentar mejoría y en poco tiempo le alcanzó la Santísima Señora, no sólo el alivio en tan penosa dolencia, sino una salud tan cumplida, que instada de su gratitud á tan gran beneficio, volvió el siguiente año al Santuario á rendir á su Bienhechora las gracias.

Por una maliciosa hidropesía que se le declaró á Miguel Cantera, convinieron todos los médicos en que era incurable su accidente. Viéndose en tan fatal peligro, suplicó que le llevasen á su cuarto á la Virgen del Pueblito: consiguió esta deseada gracia, y no satisfecha su confianza con haber adorado á la milagrosa Imagen, consiguió con súplicas y ternuras que le dejasen una de sus camisitas, para despertar más su fe y avivar más sus alegatos. Premió la Madre de misericordia su esperanza, y en corto espacio le alcanzó tanta mejoría y salud, que á juicio de los médicos y de cuantos lo vieron tan peligroso, sólo pudo haber sido por milagro.

No hallando remedio Francisco de Aguilar, para un dolor mortal, que le comenzaba desde el cerebro y le bajaba hasta la pierna derecha, con agudas punzadas y ciertas muestras de que le quedaría seca, apeló al amparo de la Virgen del Pueblito. En esta atención fué á velar un día entero á su Santuario: y premiando la prodigiosa Reina su visita y el mérito de su fe, volvió aliviado á su casa, y de allí á poco restauró la salud perdida.

De un cruelísimo insulto que acometió á la M. R. M. Sor Ana Josefa de la Concepción y Figueroa, quedó con el lado izquierdo muerto, los miembros de él dislocados, y con un tumor crecido sobre el corazón, que le comprimía el ánimo y le causaba mortales ansias. Repetíale varias veces el accidente y á la fuerza en que

la hacían romper los dolores, se le torció de tal modo el brazo derecho, que en lo humano parecía cosa imposible. Hallándose en esta fatal dolencia, rogó que le trajesen á la celda á la Santísima Imagen de Nuestra Señora del Pueblito; y aunque con su visita quedó libre de las penas que padecía en el brazo, quedó prosiguiendo en las antiguas, sin experimentar el menor recobro. Pasáronse así cinco meses, y habiendo sido llevado el Soberano Simulacro otra vez al convento, con el fin de alinearle y asearle el vestido, para volverla á su templo, se animó la paciente llena de fe y confianza, á ir al coro y suplicarle á la Santísima Señora en su presencia la salud que le conviniese. Lleváronla para este efecto, no sin particular trabajo, pero estaba tan destituida de fuerzas, que no podía dar por sí sola un paso: mas así que se postró en el suelo y adoró á la Soberana Reina, para hacerle su fervorosa súplica, no sólo comenzó á sentir alivio, sino que desencogiéndose las cuerdas y nervios, se sintió con tanta agilidad y con tanto esuierzo, que al punto largó unas muletas, que hacía dos años le servían para poderse mantener algún rato de pie. Reconocióse expedita, y salió por sí sola á la procesión que se hizo por el claustro, llevando una criada las muletas en el hombro, para confesión pública de tan grande maravilla, sin haber religiosa que no admirase tal prodigio en aquella numerosa comunidad de Clarisas.

Habiéndose divulgado el antecedente caso por la ciudad, y hallándose al siguiente día esta maravillosa Imagen en el templo del Espíritu Santo, para ser restituida á su Santuario, le pusieron delante á Antonio Lugo, de catorce años de edad, quien se hallaba baldado de pies y manos, y reputado su accidente por incurable, originado de un apoplético insulto que padecía como cuatro años y medio. Oyó la Santísima Virgen los clamores del doliente y las súplicas de su madre, que fué la que se lo presentó con gran fe: y acabadas que fueron las fervorosas deprecaciones de ambos, se levantó el dicho Antonio con tales bríos y con tanto desembarazo, que se fué para su casa por sí solo sin rastro alguno de enfermedad tan molesta.

Postrado en la cama, tullido y aquejado de varios aculeantes D. Salvador de Cervantes, instó encarecidamente á los de su casa, que lo llevasen cargado al expresado templo, en ocasión que la ciudad esperaba en él á esta Soberana Imagen que la traían de su Santuario, para hacer públicas rogativas por agua. Procuraban los domésticos del enfermo desvanecerle sus piadosos intentos, así por su mucha debilidad, como por ser dicha iglesia pequeña, y ser el concurso en tales lances numeroso: mas con todo, muy lejos de entibiarse la fe del afligido paciente, les rogó que lo pusieran en el balcón de su casa, persuadido de que sólo con ver pasar á la Santísima Señora, había de quedar bueno.

Ejecutáronlo así, y llegada que fué la devota comitiva que venía con la Imagen, al querer sacarla del forlón para entrar en el referido templo, se espantaron con el gentío las mulas, y comenzaron á correr violentas, hasta carear el forlón con el tullido. Hicieron pausa á poco tiro, y parando poco más adelante de la casa del enfermo, y habiéndola sacado allí del forlón por estar demasadamente alborotados los brutos, pudo con este motivo el expresado Salvador, adorar el Soberano Simulacro por el balcón, con cuya dicha se levantó de él por su pie, tan fuerte, robusto y sano, como si no hubiese tenido antes el accidente más mínimo; siendo también digno de reparo, que ninguna persona padeció lesión alguna, con haberse desbocado las mulas, y pasando el forlón con violencia por la calle á tiempo que estaba llena de todas gentes.

A los tres años de hallarse parálitica la hermana Lugarda de Jesús, del Real Colegio de la Señora Santa Rosa de Viterbo de esta ciudad, trajeron al templo de dicho colegio á esta milagrosa Reina, en ocasión que se cantaron varios novenarios de Misas á la Madre de misericordia, para que cesase la epidemia que queda ya insinuada en el principio de este capítulo. Con este motivo, hizo muchas instancias la enferma para que la llevasen al coro, para hacer sus súplicas á la Médica Soberana en presencia de su poderosa Efigie. Condescendieron las demás hermanas á darle el consuelo que les pedía,

y la enferma después de concluída la misa, perseveró en el coro con sus fervores, repitiendo varias veces sus pedimentos á la Madre de la Salud. Llegado que fué el medio día, envió la Rectora por ella para que tomara el alimento. Al llegar las que fueron á cargarla, se levantó por sí misma, la que había sido llevada en ajenas manos, y se fué por su pie, dando una fuerte carrera á donde estaba la Rectora, tan ágil, expedita y sana, que al otro día y en los demás del novenario, tocó el arpa en la misa, como arpista que era de aquel coro, antes de enfermedad tan prolija y peligrosa, que la puso varias veces casi á los últimos de su vida.

Siendo como de un año de edad Juan Pablo de Olvera, quedó ahogado chupando un pedazo de azúcar: de manera, que al ver su madre que después de largo rato no daba indicio alguno de estar vivo, lo puso sobre la cama, y comenzó á llorarle difunto. Afligida en extremo la señora con casualidad tan funesta desahogó la pena de su corazón comprimido, clamando fervorosa á la Virgen Santísima del Pueblito, pidiéndole que le diera á su hijo vivo: al cabo de media hora advirtió que el niño tenía movimiento, con esto acudió á la cama en que lo había puesto por muerto, y lo halló bueno y sano, y con tan natural despejo, como si no hubiera pasado por él novedad alguna, atribuyendo como prodigiosa su vida á la protección de la Soberana Reina.

Con el motivo de volver la ciudad á

esta maravillosa Imagen al Santuario del Pueblito, salió en la devota comitiva Doña Josefa de Fosa y Salazar, habiendo dejado á su marido D. Bernardo de Soasnavar en su casa algo indispuesto: vuelta que fué del Santuario, á tiempo que se estaba quitando el manto, salió de la recámara una criada, diciendo con realidades de susto, que su amo se había muerto: al punto corrió la señora presurosa para donde estaba su esposo, y desde que lo vió de cerca, quedó igualmente creída y cierta de ser verdadera su muerte, pues por más que procuraba gritarle y tirarle de los brazos, no daba indicio alguno de vida: con esto remitió el desahogo de su aflicción á las lágrimas, quejándose amorosamente á la Píadosísima Señora. Hacíale cargo, como ejecutando á su piedad de la fatalidad tan grande que había permitido en su casa, en tiempo que ella había salido de la ciudad para acompañarla á su Santuario, instada de la veneración y del amor con que la miraba. Estando en estos tiernos clamores, observó que su marido volvió en sí, como si después de un gran de parasismo se restituyera á sus sentidos, y sobreviviendo ocho días, dispuso sus cosas con espacio, recibió con devoción los Santos Sacramentos, y dejó bien fundadas sus esperanzas de la felicidad de su muerte.

## CAPITULO VII.

*De algunos casos prodigiosos por invocación de la Santísima Virgen del Pueblito, en partos y sobrepartos.*

Agraviada quedaría tal vez la fe de las mujeres cristianas y devotas, si yo intentara estimularlas con ejemplos y con razones á que invoquen á la Santísima Virgen María en los peligros del parto, cuando de muchas que por su desgracia no protestan nuestra Religión católica, se nos asegura que claman fervorosas en este tan arriesgado aprieto, á la Madre de misericordia y gracia, para quedar indemnizadas de las temerosas pensiones y funestos sobresaltos que trasladó Eva á sus hijas, como madre de miseria y llanto; pero como quiera que cada prodigio que hace Dios Nuestro Señor por intercesión de la Santísima Reina, es una carta ejecutoria de su piadosa hidalguía, que nos acuerda su protección poderosa: referiré algunos, que en partos y sobrepartos, ha obrado en algunas señoras su Majestad, por medio de esta milagrosa Imagen, para que su noticia sirva de aviso á las demás, y aliente la confianza de todas.

A los umbrales de la muerte se llegó á ver de un sobreparto el año de 41, Doña Ana María Yáñez Corona, esposa del General Don Estéban Gómez de Acosta, Corregidor de esta ciudad; y no hallando para su alivio esperanza alguna en lo huma-